

LOS WEBB Y SU OBRA (1)

La materia sobre la que se me ha pedido que hable no necesita de apología alguna, pero voy a abordarla con cierta desconfianza. Hay entre los que me escuchan muchas personas que conocieron a los Webb demasiado bien para necesitar que se les dé noticia de ellos, y, asimismo, no estoy muy seguro de que los infatigables conferenciantes que son el tema de mis observaciones se hubieran alegrado al saberse objeto de una conferencia. Se sometieron pacientemente a la publicidad, como a todo lo demás, cuando la causa lo requería, y nadie sabía mejor que ellos qué botones habían de ser pulsados cuando la actuación pública era requerida por el orden del día; pero no eran amantes del ritual de los honores. Su actitud, una vez que la cosa había pasado, era: "Bueno, esto ya está; ahora vamos con algo serio." Sospecho que un discurso sobre sus personas habría sido considerado por ellos entre los sustitutivos emocionales del trabajo que ellos solían rechazar, en sus momentos más frívolos, bajo el nombre de "ejercicios religiosos".

Así, mis sensaciones son en gran parte lo que fueron cuando, siendo todavía un joven que no había terminado su formación, visité por primera vez el número 41 de Grosvenor Road y tuve la mala suerte de marcharme con el sombrero de otro huésped. Al notar que un sombrero más grande que de ordinario pesaba sobre mí, experimenté una sorpresa momentánea; no había aprendido todavía de mis anfitriones que la investigación, la medida y la comprobación figuran entre las primeras obligaciones del hombre,

(1) *Webb Memorial Lecture*, mayo de 1954. Traducción realizada por Gonzalo García Passigli.

y supuse, con el alegre optimismo de la juventud que, aunque la pesadilla no era familiar para mí, todo iría perfectamente bien al final. A la mañana siguiente, una áspera carta de la señora Webb me informó de que me había fugado con la pertenencia de una persona, a quien espero no sea irrespetuoso calificar como propietaria, en todos los sentidos de la palabra, de un número extraordinario en cuanto a la medida del sombrero, que entonces estaba a punto de convertirse en el Muy Honorable John Burns, sobre quien ella, en aquel momento, estaba descargándose y a quien le interesaba mantener de buen humor. El episodio confirmó lo opinión que ella tenía acerca de la incorregible incompetencia, irresponsabilidad, laxitud moral e imbecilidad mental de la mayor parte del producto, por insignificante que fuera, de las antiguas universidades, y necesitó de algunos años para refutarlo. Ahora siento también un poco del mismo embarazo que sentí entonces, un embarazo al mismo tiempo disminuído y reforzado por recuerdos ulteriores, como si Beatriz, con las faldas recogidas e inclinada sobre el fuego, estuviese diciéndome al oído: "cuidado con el *dilettantismo*", y Sidney, estirado en el sofá, me estuviese murmurando en el otro oído: "sobre todo, nada de intimidades."

Me propongo seguir la última de estas advertencias. En la biblioteca del infierno hay reservada una estantería especial para las biografías—que son hueste vasta y terrible—de los grandes hombres y mujeres, que arrojan luz sobre cada uno de los aspectos de la personalidad de sus víctimas, desde su gusto para vestir hasta el nombre de sus primos segundos, con la sola excepción de aquellas características en las que consistió su grandeza. Lamentaría añadir un volumen más. Será suficiente decir que la caricatura convencional de Sidney como un energúmeno burocrático, todo él casillas y estadísticas, está lejos de la realidad, como lo está el austero "virago" que, antes de la publicación de *My Apprenticeship*, pasaba por ser la pobre Beatriz. En realidad, él era un hombre con una amplitud de cultura poco común. Había leído mucha literatura, no sólo en inglés, sino también en francés y alemán, abarcando el amplio número de temas de que se ocupaba; y entendía la conclusión de que la máquina existe para servir, lo que le hacía contestar, inesperadamente, sin la menor vacilación, cuando se le

preguntaba el nombre del más grande socialista que él había conocido, que era William Morris. Juntos, cuando no trabajaban, eran dos personas sociables, que se deleitaban en la conversación ocasional, se divertían fácilmente y con gran apetito de ejercicio físico, por parte de uno de ellos, que ella defendía con argumentos higiénicos y éticos, de aplastante fuerza, contra los cuales la otra parte se rebelaba periódicamente, aunque siempre, según mi experiencia, se rebelaba en vano.

Hay también, sin embargo, figuras históricas y figuras cuya estatura aumenta a medida que su mundo retrocede. Hicieron frente a grandes acontecimientos, y lucharon con ellos duramente. Cambiaron el pensamiento y la acción. Fundaron nuevas instituciones y lanzaron ideas que rehicieron otras antiguas. Conquistaron para el conocimiento e hicieron habitables para los hombres departamentos de la vida social que, antes de ellos, eran una jungla virgen. Hicieron que la atención nacional se fijase en los movimientos que hoy día constituyen un poder, pero que, hasta que la luz de la investigación de los Webb no se volcó sobre ellos, estaban en espera de reconocimiento; revelaron su significación a un público escéptico y frecuentemente hostil, y orientaron algunos aspectos de su curso hacia su meta. Investigaron, escribieron, agitaron, administraron y —puesto que solamente las últimas etapas legislativas tienen lugar en el Parlamento— no tuvieron menos de legisladores porque, excepto durante diez años cuando ya ambos habían pasado de los sesenta, fueran más vistos en County Hall o en el Museo Británico que en la Cámara de los Comunes.

El estudio de las instituciones sociales con vistas a transformarlas, que constituían su especial campo de trabajo, no se presta a ser tratado en los términos a que se prestan los hechos espectaculares de los individuos extraordinarios. Pero hay base para decir que la serpiente sobre la roca es un hecho tan milagroso en su aspecto como el águila en el aire, y lo que falta de dramático a la incesante guerra que los Webb hicieron contra la ignorancia, la apatía y el prejuicio, lo gana en impresión de una realización positiva. Si una persona da una mirada retrospectiva a los sucesivos capítulos de la historia social británica, desde 1880 a 1930 —si reflexiona sobre movimientos tales como el sindicalismo, el co-

operativismo y el desarrollo del Partido Laborista; o toma en consideración, en otra esfera, la política industrial, la política financiera, la educación y la salud pública, el paro, el Derecho de Pobres, el desarrollo de la empresa municipal y del gobierno local en general; o examina el avance en civilización que representa el cambio de la actitud pública frente a todos estos temas—no es probable, creo yo, que llegue a la conclusión de que estos pacientes trabajadores estuvieron sembrando en la arena. Encontrarán pocos problemas que ellos no hayan iluminado, pocos abusos contra los cuales sus golpes no fueran el más fuerte ataque, pocas reformas en las cuales no pusieran una participación decisiva, si bien con frecuencia, deliberadamente trataron de oscurecerse a sí mismos. Cualesquiera que sean nuestros intereses individuales y credos—ya seamos trabajadores activos en movimientos sociales o simples estudiantes de ellos, o ciudadanos ordinarios preocupados por la decencia, el buen sentido y la justicia en la dirección de nuestras empresas comunes—todos somos sus discípulos. Los autores de tales realizaciones no tienen necesidad del pequeño cambio de recuerdos para perpetuar su memoria. El más noble de todos los títulos, solían decir, es el de servidor. El legado, científico y práctico, de su medio siglo de acendrados trabajos, es el monumento merced al cual podemos recordarlos con más propiedad.

Si la obra de los Webb es demasiado voluminosa para la charla biográfica, un intento de proveerles de antepasados intelectuales es igualmente superfluo. Los historiadores del pensamiento político son susceptibles de obsesionarse con los orígenes y las estirpes, como si las ideas se transmitieran de la misma manera que la propiedad y las diferentes actitudes frente a la sociedad, y las teorías sobre ella se siguiesen unas a otras por sucesión directa. Para muchos de nosotros, que recibimos nuestros puntos de vista de segunda mano, este procedimiento puede ser apto. Cuando se trata de mentes creadoras, es totalmente absurdo y fuera de lugar. Las personas originales no son los eslabones de una cadena; con más frecuencia son rupturas en ella. Al recibir la antorcha metafórica que se supone que cada generación entrega a la que sigue, insisten en asegurarse de que es lo que se dice que es. Y si de la investigación resulta, como sucede no muy infrecuentemente, que no es

auténtica iluminación, sino una candela maloliente, la arrojan sin poder contenerse y proceden a reemplazarla con luces propias. Los Webb fueron voraces lectores, detados de memorias de una eficiencia turbadora, que les armaron con precedentes para cada innovación, y raras veces les pusieron en situación difícil para traer citas adecuadas de autores que habrían temblado con aprehensión ante las alarmantes causas en cuyo apoyo eran citados. Pero poseían —cualidad que todos los lectores deberían tener, y que la mayor parte de nosotros no tenemos— un alto grado de poder de resistencia. Tomaban de los predecesores alusiones que servían a su propósito, y dejaban el resto. La guía de su visión del mundo de sus días no se encuentra tanto en lo que ellos asimilaron, de sus supuestos prevalentes y sus filosofías de moda, cuanto en lo que ignoraron o tiraron al cesto de los papeles.

Su posición, por lo tanto, no se puede comprender analizándola en elementos derivados de diferentes fuentes. Era demasiado de ellos. Es interesante que Beatriz fuera educada en una atmósfera compuesta de la sociedad londinense, las casas de campo y los grandes negocios que mantuvieron ambos vivos en marcha. Que hubiera de alternar desde su niñez con los hombres de ciencia y de letras, a quienes su padre, un capitalista refinado, invitaba a su casa; y que el más íntimo de los amigos de su padre, a cuyos pies se sentó algún tiempo, fuera aquella celebridad olvidada, Herbert Spencer. Es más significativo que a los veinticinco años le hubiera sobrepasado, y que la influencia que finalmente estableció su decisión de dedicar su vida a la investigación social viniera, no de los libros de los profesores, sino de simpatías surgidas y de lecciones aprendidas con ocasión de una visita de un mes que hizo a unos primos de Lancashire que, mientras la rama de su propia familia había sido lanzada hacia arriba, habían seguido siendo obreros en Bacup. Es interesante que Sidney fuera nutrido con la más pura fuente del radicalismo victoriano; que asistiera a conferencias de Huxley sobre ciencias naturales —ocasión en la que, dado que el curso estaba limitado a obreros industriales, se hizo figurar como tallador en madera, sobre la base de que tallaría si pudiese— que el único economista contemporáneo a quien respetaba fuese Mill, con cuyas deducciones sobre la teoría de la renta de Ricardo.

él mismo hizo mucho posteriormente, y que pensase que si era necesaria una teoría del valor para la salvación, el artículo suministrado por Jevons era, en conjunto, un instrumento menos manejable que el de Marx. Es más significativo que, a una edad en que la mayor parte de las personas acomodadas no han salido aún de la universidad, él ya conociese por dentro la oficina de un corredor de la City y tres oficinas del Gobierno; que su primera comunicación a la Fabian Society, a los veintiséis años, tuviera un título característicamente brusco y cortante *The Way Out* (El camino hacia fuera), y que cuando se le ofreció un acta liberal, para taponarle la boca, decidiera que tenía más que hacer en el London County Council que en el Parlamento.

La verdad es que ninguno de nuestros dos amigos era del tipo de los que están dispuestos a aceptar las opiniones de un maestro. Ambos, independientemente, se habían habituado de jóvenes a hacer las cuentas en el lenguaje corriente, ya de la derecha o de la izquierda, lo que es un preliminar necesario para cualquier trabajo serio. Aparte de la influencia de la ciencia, en cuyo disciplinado ataque sobre sus problemas vieron un ejemplo para los sociólogos, ambos debieron más a la experiencia que a las doctrinas de las escuelas. Uno de ellos, según su propio relato, había sido convertido al socialismo por un conferenciante en Birkbeck Colloge, un tal mister Smith, por lo demás desconocido. Dado que, sin embargo, lo que le convenció de las virtudes de la nacionalización y le lanzó adelante a proponer planes para aplicarla fué la fatuidad de los argumentos presentados por Smith en contra de ella, su deuda con su maestro fué más bien negativa que positiva, y él no puede considerarse como un ejemplo de dócil disciplina. El abandono por la señora Webb de un credo que ella describió como "agnosticismo atemperado por la economía individualista", fué más lento y penoso. Había empezado, con gran sorpresa por parte de ella, durante su colaboración con Booth en *The Life and Labor of the People of London*, que éste escribía. Y ya se había realizado del todo, excepto en el nombre, antes de que terminase su libro sobre cooperación.

Ambos poseían el fuego sin el cual las grandes cosas no se pueden hacer; pero, una vez que habían tomado una decisión sobre

los primeros principios, tomaban su trabajo demasiado en serio para dejarse llevar por sentimientos emocionales sobre él, y hay un sentido en el que el hecho de que fueran socialistas es menos importante que la clase de socialistas que eran. Miraban los hechos a través de cristales corrientes; sostenían que la luz, no el calor, era la principal necesidad del mundo; no veían una razón por la cual el demonio debiera tener el monopolio de las virtudes de los negocios, y creían que el capitalismo no se avendría a razones porque sonasen trompetas alrededor de sus murallas, sino movilizándolo contra él no sólo las cualidades que despreciaba, sino también la capacidad organizadora y el esfuerzo concentrado de que presumía de una manera especial. Consideraban que la riqueza cooperativa no era ni una lejana utopía ni el inevitable culmen de una evolución irresistible, sino un edificio que había que construir poco a poco, a base de un trabajo duro y práctico, un edificio que—dado que su edificación era una tarea a largo plazo—debía empezarse inmediatamente y en la erección del cual el sistema, el método, la aplicación, la habilidad técnica, una consideración razonable de los prejuicios y susceptibilidades de los hombres y mujeres corrientes y, sobre todo, el conocimiento, eran no menos indispensables que el entusiasmo y la elocuencia. Sus primeras aportaciones a este programa fueron hechas cuando aún no habían cumplido los treinta años. Continuaron aportando esfuerzos hasta después de haber cumplido los ochenta.

Su trabajo, tal como lo vieron cuando unieron sus fuerzas, en 1892, era precursor en dos frentes. La primera cosa esencial era conocer exactamente y en detalle lo que había que hacer; lo segundo, era movilizar la energía para hacerlo, lo que significaba, hasta el distante momento en que un gobierno de sus propias convicciones pudiera estar en el Poder, la educación de la opinión pública y la instrucción de los políticos en materias sobre las cuales ambos estaban por entonces mal informados, y a las cuales los políticos se mostraban comúnmente indiferentes, cuando no activamente hostiles. Atacaron esa obra desde ángulos ligeramente distintos. La introducción de la señora Webb en cuestiones económicas había sido la de un investigador, no la de un propagandista. Ingresó en la Fabian Society en 1893, pero transcurrió un largo

intervalo antes de que participase activamente en ella. Durante el decenio que siguió a su matrimonio siguió siendo una estudiante, si bien era una estudiante que encontraba en el servicio de la causa social las razones de inspiración de su trabajo. Su marido, después de estar diez años en el Ministerio de Colonias, había sido elegido para el Consejo Municipal de Londres, en 1892. Como presidente de su Comité de Formación Técnica, en cuya órbita luchó para limpiar, con gran beneficio del servicio, casi toda la educación superior de Londres, fué un activo administrador, si bien un administrador con una profunda convicción de la dependencia del progreso social de la investigación sistemática y de la aplicación de sus resultados. Pero veían a la teoría y a la práctica como aspectos complementarios —el trabajo de estado mayor y las operaciones— de una misma campaña. Cada uno de ellos trabajaba incesantemente y simultáneamente en ambos, y ambos ponían su propio y completo ser en cada uno de estos aspectos. La London School of Economics, la principal empresa de sus primeros años, fué proyectada por ellos no como un colegio cerrado, sino como una institución mundana alrededor de la cual se arremolinase la marea alta de la vida de Londres. La arrogante descripción hecha por un miembro de una universidad más separada —“uno de esos lugares como Selfridge, ¿no es eso?”— si bien su sugerencia respecto a la prosperidad financiera es infundada, encierra un tono de realismo de hombre de trabajo que los fundadores de la Escuela, lejos de tomarlo a mal, hubieran saludado tomándolo por un cumplido. Si, consiguientemente, toco por separado su obra literaria y sus actividades prácticas, la razón no es que ellos mismos hicieran distinción entre ellas. Simplemente, se trata de consideraciones de conveniencia práctica.

Las primeras publicaciones de ambos autores aparecieron en el mismo año, en que, en 1887, uno publicó la primera edición de *Facts for Socialists* (Hechos de socialistas) y la señora Webb un artículo sobre *The Dock Life of East London* (La vida en los muelles del este de Londres). La última, una obra en colaboración, *The Truth about Soviet Russia* (La verdad sobre la Rusia Soviética), se publicó en 1942. En el medio siglo que transcurre entre medias, fueron autores, normalmente en colaboración, de unos cuaren-

ta y cinco volúmenes, aparte de una larga lista de folletos —Webb escribió no menos de cuarenta y siete para la Fabian Society solamente— artículos, ensayos en introducciones a libros escritos por otros autores. Sus obras más importantes pueden clasificarse, quizás, en cinco grupos principales. Comprenden cuatro libros sobre política y organización de las clases obreras; diez volúmenes sobre el gobierno local inglés; cuatro obras importantes y algunas breves sobre la reforma de la Ley de Pobres; cuatro libros, dos de ellos debidos a Sidney por sí solo y otros dos en colaboración, específicamente dedicados al socialismo, y un grupo de escritos diversos, de los cuales los más notables son *My Apprenticeship*, el detenido estudio sobre *Soviet Communism* y otros dos libros más cortos sobre el mismo tema, que siguieron al anterior.

Un trabajo continuado llevado a cabo por dos personas ocupadas en un grado tan ambicioso requerían sistema y método. Estuvieron ayudados por secretarios, el único lujo que se permitieron—se dice que hubo un período en que tuvieron trabajo para seis al mismo tiempo—pero no se ahorraron esfuerzo ellos mismos. Una amplitud de intensidad investigadora, a la que escaparon pocas muestras de evidencia; un poder de iluminar la generalización poco común; una fuerza de argumentos mesurada que llama a la mente con una especie de inevitabilidad, como si lo que estuviera hablando no fuera la voz de dos mortales falibles, sino la de la Sociedad misma, diciendo a sus locas criaturas como tienen que vivir en paz; estas son las cualidades, los frutos de un inmenso esfuerzo de autodisciplina, que es la causa de que las principales obras de los Webb destaquen, entre las trivialidades de sus días y de los nuestros, como la arquitectura romana en un suburbio de Londres. Los clásicos que se han dedicado al sindicalismo y al Gobierno local nos los descubren en su mejor forma.

Las primeras, por su significación, para ser apreciadas, han de verse junto al panorama de la época que ellas informan. En el último decenio del siglo pasado el derecho de asociación profesional estaba asegurado por la ley; pero había transcurrido una generación sin que se estableciese la costumbre. La pública ignorancia de los objetivos y métodos de los sindicatos; un prejuicio que moriría muy lentamente, entre los economistas; información

errónea en la Prensa; persecución por parte de los patronos, fuera de las principales industrias; una hostilidad por parte de los tribunales, que apenas se tomaban la molestia de ocultar, todo ello trabajaba en el mismo sentido. Actuaban conjuntamente para perpetuar en la época final de la Inglaterra victoriana una actitud hacia el trabajo sindicado parecida a la que prevaleció en los Estados Unidos hasta 1935, y que el ojo humano no puede sondear abismos más profundos que estos. Sugerir que esta montañosa carga de oposición interesada o sin información, pudiera haber sido barrida por dos libros o, efectivamente, por una dinámica menos poderosa que la voluntad de libertad de sus víctimas, sería, sin duda alguna, absurdo; pero lo que un autor podía hacer, los Webb lo hacían, y lo hacían magníficamente. La *History of Trade Unionism* mostró que los conjuntos de obreros contratados colectivamente, en lo que a los términos de su empleo se refería, eran tan normales, inevitables y permanentes en la moderna industria como la máquina de vapor o la civilización urbana. La democracia industrial llevó la guerra al terreno del enemigo. El sindicalismo había sido denunciado, y sería denunciado de nuevo, como un obstáculo al progreso económico. El sindicalismo, contestaban los Webb, lejos de ser el enemigo de la eficiencia industrial, era realmente su aliado. Estableciendo niveles mínimos de empleo, que ningún empresario, por apurado que estuviera o poco escrupuloso que fuera, pudiera eludir, derivaba la competencia en explotación de seres humanos a terrenos más compatibles con el bienestar social; estimulaba las mejoras técnicas, y al nivelar no solamente el bienestar social, sino la eficiencia económica, aumentaba la renta real de la nación. Pocas obras históricas o económicas pueden esperar tener una vida superior a diez años. Los libros de los Webb sobre sindicalismo contienen declaraciones e interpretaciones que pueden necesitar, a la luz de una obra posterior, gran parte de la cual fué inspirada por ellos, de calificación o reelaboración. Sin embargo, permanecen, después de transcurrido medio siglo, no sólo vivos, sino que son, sin comparación, los mejores libros ingleses sobre el tema. Que sucesivas generaciones de lectores aprendieran a ver el mundo del trabajo sindicado, a través de los ojos de sus autores, con el profundo conocimiento de él y la fe en su futuro

que tenían los Webb, ha sido un servicio inestimable no solo para ellos, sino para el país en su conjunto.

La repercusión sobre los acontecimientos contemporáneos del monumental estudio relativo al gobierno local desde la Revolución a la Ley de Reforma, parece, a primera vista, más remota. En realidad, si es menos obvia, apenas si es menos directa. La Ley de 1888 había abierto un nuevo capítulo en la administración de los condados, en tanto que la esfera de la empresa municipal se extendía año tras año. Los Webb vieron en ambos tipos de desarrollo los gérmenes de nuevas formas de actividad colectiva y de organización social. No es sorprendente que, una vez terminado su trabajo sobre las organizaciones profesionales, se dedicasen a explorar la historia del gobierno local. Las consecuencias prácticas para el presente, que fueron producto de sus investigaciones, están mejor formuladas en los dos capítulos finales de *Statutory Authorities for Special Purposes*, por los cuales deben empezar los estudios de sus diez volúmenes. El tema central de su relato de la transición del orden antiguo al nuevo es la transferencia de la autoridad de unas pequeñas oligarquías de comerciantes y propietarios a organismos representativos que utilizaban funcionarios retribuidos para organizar los servicios necesarios a la salud y a la civilización de los residentes en sus zonas. Se trata, en suma, del establecimiento gradual del ciudadano consumidor como poder dominante en el gobierno local. La conclusión está tan perfectamente de acuerdo con la filosofía propia de los Webb que el lector se siente casi tentado a creer que el éxito que tuvieron sacando, en el momento justo, un conejo vivo de la chistera, se debía al hecho de que lo habían metido con anterioridad; pero si hubo conjuro por su parte, yo, por lo menos, no he podido coger el truco de su juego de manos. Es mucho más sencillo creer que la historia fué lo suficientemente amable como para confirmar sus teorías, porque desde el principio ellos basaron sus teorías en la historia.

No fueron de aquellos generales que raras veces visitan el frente, y tomaron toda la parte que les correspondió de lucha áspera, así como de planeamiento. Los objetivos inmediatos y su táctica variaron, naturalmente, con arreglo a las circunstancias cambiantes, y hacer un recuento de sus actividades requeriría un

libro, no una conferencia. Bastará con decir que, desde la época de su matrimonio y, naturalmente, antes de él, hasta el tercer decenio de este siglo, jamás estuvieron sin tener en desarrollo alguna campaña. En el último decenio del pasado siglo, cuando el Consejo Municipal de Londres está librando una dura batalla, uno de ellos no solamente le provee, en *The London Programme*, con una política de socialismo municipal en amplia escala, y por sí mismo hace más que cualquier otra persona para que se lleve a cabo, sino que intenta, no sin algún éxito, inocular en el Partido Liberal un virus de Fabrianismo convenientemente diluido en una proporción para niños; escribe el Informe de la Minoría, que será la parte más digna de lectura entre los doce flamantes volúmenes de la Comisión de Trabajo, y lucha para convertir el desordenado tumulto de Colegios de Londres en una Universidad popular. Ella, además de su trabajo en pro de las mismas causas, y de la continua investigación que era la base de las actividades prácticas de ambos, hace todo lo que puede hacer una persona para convertir la legislación industrial conservadora en algo que no sea completamente fútil. Ambos, como principales autoridades entre los economistas conocedores del sindicalismo, trabajan duramente para rechazar el ataque realizado contra él, y en el que el juicio de Taff Vale fué, sino el primer cañonazo, sí el más fuerte, y en los ratos libres se cuidan de su criatura, la London School of Economics, y la ayudan a luchar con éxito contra los crecientes dolores de la niñez.

Los primeros años del siglo siguiente fueron igualmente agotadores. Vieron el folleto de los Webb sobre *The Education Middle and the Way Out*, que ayudó a suministrar ideas para la Ley de Educación de 1902, y la retirada por el gobierno, el año siguiente, de su absurdo primer proyecto de Ley para Londres, proponiendo entregar la administración a veintiocho consejos de burgo, ante una tormenta de oposición desencadenada en la Prensa conservadora —tormenta que habría asombrado menos a los ministros si hubieran podido oír la pregunta que me hizo una vez Sidney: “¿Sabía usted que yo fui director del *Daily Mail* durante una semana?”—. Vieron también, lo que no es menos importante, el lanzamiento de un programa para obtener un mínimo nacional de subsistencia y civilización, que contenía los gérmenes de una mul-

titud de acciones políticas subsiguientes, algunas de las cuales se llevaron a la práctica parcialmente, mientras que otras están todavía esperando que se realicen. Después llegaron los épicos trabajos de la señora Webb en la Comisión de la Ley de Pobres, de 1905 a 1909, luchando contra la Junta de Gobierno Local y sus aliados hasta obtener una tregua; los dos famosos informes sobre la suspensión de la Ley de Pobres y la lucha contra la miseria, y la campaña de tres años que ella y su marido llevaron a cabo para conseguir que actuara sobre estas materias un gobierno cuyos miembros no gustaban sus propuestas en la misma proporción en que las comprendían. Al principio de la primera guerra mundial habían llegado al convencimiento de que ésta podía constituir una nueva vertiente no sólo en la historia internacional, sino en la historia social, y el cuarto capítulo que se abrió en 1915, no fué el menos voluminoso. La cooperación de Webb con Arthur Henderson en la Ejecutiva del Partido Laborista; su labor conjunta con él en la redacción de la nueva constitución del Partido, que fué adoptada en la conferencia de 1918; los dos folletos escritos por él, *Labour and Peace*, y *Labour and the New Social Order*, este último un escrito clásico que podría reeditarse hoy con provecho, y los magníficos servicios que prestó, en los años siguientes, a los mineros y también —si fuera capaz de darse cuenta de ello— al público en general, con su magistral defensa de la nacionalización en la Comisión que presidía Lord Sankey, son grandes hitos en el desarrollo de la política socialista. Juntamente con la obra de la señora Webb en el Comité de Reconstrucción y en el Comité de Mujeres en la Industria, para el cual escribió un informe que aún no ha perdido actualidad, destacan entre la esterilidad de aquellos años febriles como el oasis en un desierto.

Con el país tal como era —y, quizás, todavía sigue siendo— el ver que las reformas se llevan a cabo en la época en que se proponen y en la forma en que se proyectan es un privilegio raramente concedido a los que las patrocinan, por muy hábiles y pertinaces que sean; sin embargo, algunas de las medidas propuestas y defendidas por los Webbs, ya que no todo aquello de lo que se les consideró autores, llegaron al fin a puerto. El salario mínimo legal en industrias antes célebres por la explotación; la ampliación de

los servicios de sanidad, educación y pensiones en una escala que, aún siendo inadecuada como lo es, hace treinta años habría parecido increíble; la abolición de los tutores y la suspensión de la Ley de Pobres mucho tiempo después de haberse olvidado quiénes eran los autores de la propuesta; la admisión, en principio, de la responsabilidad del Estado respecto de las víctimas del paro; la evitación del paro en una masa, desde hacía, tiempo declarado por encima de la fantasía del hombre, y ahora bendecido por la mayor parte de los economistas y aceptado en un Libro Blanco; la tardía adquisición por la nación de los minerales más importantes, y la nacionalización de un grupo de industrias fundamentales, todo esto y mucho más había sido no sólo predicado por ellos, cuando había muy pocos dispuestos a escuchar, sino también representado en esquemas que podían llevarse a la práctica. Antes de retirarse, podrían haber hecho notar, si hubieran estado interesados en hacerlo, este cumplido, el más convincente de todos, que se hace cuando los que fueron antiguos opositores piden para sí el mérito de medidas que antes denunciaron, y los amigos rechazan reformas en pro de las cuales trabajaron con anterioridad, por considerarlas trivialidades anticuadas, puros lugares comunes, que no pueden merecer atención. En realidad, nada habría interesado menos a los Webb. Dos terceras partes de sus vidas de trabajo transcurrieron en un mundo donde el capitalismo no sólo estaba firmemente establecido, con su prestigio sin mancha y su moral incólume, sino que, fuera de pequeños círculos, la mera posibilidad de una alternativa practicable se miraba, en el mejor de los casos, como una especulación interesante. Como el científico que ordena a la Naturaleza obedeciéndola primero, ellos aceptaron esta situación, con todas las limitaciones y desilusiones que ello significaba, con objeto de terminar con ella. Jugaron con un fin; hicieron primero las primeras cosas; si tenían éxito en algo, no se paraban a felicitarse, sino que se apresuraban a conseguir lo siguiente; si su carrera se veía detenida por algún obstáculo, no perdían el tiempo en lamentaciones, sino que buscaban otro camino que rodease el obstáculo. Sin embargo, jamás perdieron de vista su punto de destino, ni olvidaron, entre todas sus preocupaciones con los polvorientos negocios del día, cuál era su destino.

Estudiadamente moderados en el hablar; de costumbres regulares y modestos en sus gastos; modelo de felicidad doméstica; Beatriz tenía un toque de ascética austeridad, como si fuera una hermana laica de alguna orden; Sidney, con su aire de independencia científica —como si, convenientemente alimentado, no solamente pudiera, sino que estuviera dispuesto a discutirlo todo—; lo que se cuenta que hizo decir a un ingenuo propietario de minas, en 1919, tristemente, a otro: “Ya le dije que cometimos una equivocación al no contratar a ese Webb”, estos formales representantes de las virtudes burguesas pertenecían, en realidad, al peligroso puñado de seres humanos, quizás media docena en cada generación, que viven para una idea. Organizaron sus vidas como servidores de una causa, en favor de la cual ningún trabajo es demasiado grande y ninguna tarea demasiado pequeña.

Entre la aparición de los *Fabian Essays*, en 1889, y el tercer decenio de este siglo, la versión que del socialismo tenían los Webb se convirtió, hay que decirlo así, en la versión británica característica. Como tal, fué naturalmente honrada con duros golpes durante más de un cuarto de siglo. Convencidos por la experiencia de que, en una civilización industrial, la ampliación de la acción colectiva lejos de poner en peligro la libertad de los hombres corrientes es condición para ella, escucharon más bien divertidos que fastidiados el reproche convencional de una indiferencia inhumana a la libertad individual. Ni, en realidad, su socialismo era el esqueleto inflexible de unas fórmulas sin sangre, claramente clasificadas y rotuladas con desesperante decisión, que mantuvieron a sucesivas generaciones de jóvenes leones, olfateando nerviosamente y gruñendo a veces con enfado, como ante un poco nutritivo almuerzo de verdades deshidratadas. La cuádruple vertiente de los años anteriores a 1914 —reglamentación, servicios comunales, imposición exhaustiva sobre las rentas no ganadas y una amplia variedad de formas de propiedad pública— continuó resumiendo de una manera no demasiado inadecuada los puntos principales de su programa; pero sus autores, mucho antes de que hubieran adquirido la categoría de oráculo, contestando con sabiduría colectiva —“creemos”— en respuestas claras dadas a los inquisidores perplejos, permanecieron siempre dentro de una línea de modestia

intelectual. No dejaron de aprender, y posteriores declaraciones sobre su posición revelaron concesiones tanto a la crítica como a las enseñanzas que provenían de los acontecimientos. Bajo la influencia de los socialistas gremiales, llegaron a conceder a los representantes de los obreros un lugar en la participación en la dirección de las industrias nacionalizadas mayor que el que en un tiempo habrían admitido. Comprendieron rápidamente la significación tanto de los experimentos de tiempo de guerra sobre organización del Estado, y de la dirección capitalista que insistía en su abolición. Y más sorprendente, tuvo lugar en ellos un nuevo nacimiento cuando ya habían pasado de los setenta años. Como no eran unos simples, no podían suponer que los acontecimientos de la Revolución rusa pudieran trasplantarse tal como eran a un suelo diferente y a un clima distinto; así como tampoco se encontraban a gusto en el ambiente creado por lo que ellos describían como "la enfermedad de la conformidad". Pero el deliberado ajuste de los medios económicos a los fines públicos; la confianza en la ciencia; las alegres mareas, en una palabra, de la "producción planificada para el consumo de la comunidad" con las que, durante diez años después de su visita, fué la regocijante costumbre de la señora Webb recibir a los huéspedes que venían y despedir a los que se iban, no sólo atraían sus inteligencias, sino que despertaban sus emociones. Su admiración por este aspecto de la vida rusa era verdadera y profunda.

Pertenece a la naturaleza del pensamiento político el que gran parte de su mejor obra sea tópica. Realiza la inmortalidad, si acaso, no mediante la evitación de las limitaciones de lugar y tiempo, sino haciendo de ellas su plataforma. Es al mismo tiempo inevitable y satisfactorio que algunos de los problemas de los que trataron los Webb sean ahora, en parte gracias a ellos, menos urgentes de lo que fueron, y que en relación a otros, que ocupan actualmente el primer plano de la escena, hicieran sugestivas indicaciones, dejando a otros la elaboración y aplicación de las mismas. Como suele suceder tratándose de grandes figuras, sus premisas fueron las más importantes que las conclusiones particulares que ellos mismos obtuvieron de ellas. Los padres del pensamiento socialista, tanto británico como continental, habían pertenecido a

la era predemocrática. Con algunas excepciones, habían transcurrido sus años de madurez en las dos generaciones entre la Revolución de 1830 y la *Commune* de 1871 o, si se prefiere una fecha posterior, la tercera ley de reforma inglesa. Sus filosofías podían encerrar verdades de significación permanente. Sus concepciones estratégicas eran necesariamente el producto de las circunstancias que las rodeaban. Los Webb, cuya entrada en las tareas de la vida adulta empezó en los primeros años del decenio de 1880, aceptaron en un amplio esquema, sin reproducirlas de una manera servil, algunas de las críticas de sus predecesores en el orden económico, pero rechazaron sus deducciones políticas por ser generalizaciones que se habían quedado anticuadas por el curso de los acontecimientos. Ellos vieron, no ellos solos, naturalmente, pero sí con indiscutible amplitud de comprensión, que los cambios del período transcurrido no solamente habían reforzado la petición de que los Gobiernos asumieran mayores responsabilidades en lo que se refiere al bienestar social, sino que iban añadiendo año tras año nuevos engranajes a los mecanismos que se requerían para cumplir con tales responsabilidades. Repetir viejas fórmulas, mientras se ignoraban hechos nuevos, les parecía una tontería. Su vida de trabajo fué la expresión de un hábito mental que, al tiempo que era tenaz en la captación de principios, era realista, experimental y constructivo en la aplicación de los mismos. Iba a mostrar cómo la democracia política, una vez establecida, podía transformarse en una democracia social, si agradaba; no sin duras luchas, naturalmente, pero sí sin producir el caos o una catástrofe.

La verdad de que los procesos sociales, para ser controlados, han de ser primeramente comprendidos, y de que es un deber de los socialistas el estar mejor armados que sus opositores, no sólo de energía y espíritu público, sino de ciencia, fué el primer legado de los Webb a las causas a las cuales entregaron sus vidas. El segundo, si bien menos evidente, fué igualmente importante. Fué el temple y actitud intelectual que ellos pusieron al servicio de aquellas causas. Agudeza y buen sentido; audacia y prudencia; la decisión para correr riesgos por grandes causas y una razonable adaptabilidad en la elección de los medios no son necesariamente antitéticas. Una triste experiencia dice, sin embargo, que no son

fáciles de gobernar en común, y que los orgullosos poseedores de una de estas dos series de cualidades muy frecuentemente proceden a atontarse mediante una resuelta negativa a combinarla con la otra serie. Los Webb consideraron que ambos tipos de carácter y mentalidad eran igualmente indispensables, y ellos mismos los juntaron en un grado poco corriente. Como muchos de nosotros, habrán saludado alborozados el descubrimiento de un atajo para llegar a la comunidad cooperativa; pero sabían demasiada historia social, conocían demasiado los asuntos contemporáneos y la naturaleza de sus compatriotas para suponer que esa ilusión periódica está basada en realidades. Aunque no eran de la clase de los que se apartan de la acción drástica cuando las circunstancias lo requieren, no podían resistir la pretensión de que las meras demostraciones emocionales sean acción violenta. Con toda su fe en el sindicalismo, nunca cayeron en la tentación de sobrevalorar las posibilidades que se entreveían en algunos casos antes de la primera guerra mundial, y se entretuvieron en dudas, desastroso legado, durante siete años después. Mediado el decenio de 1920, habían llegado a la conclusión de que, al menos en el caso de las industrias más importantes, los paros nacionales habían tenido ya su momento; y consideraron los acontecimientos de 1926 como una locura monumental—una locura generosa y, en el caso de miles de mujeres y hombres desconocidos que arriesgaron todo por un principio, una locura heroica—pero una locura, a pesar de todo. Manteniendo que la razón, con el tiempo, prevalecería, y que, en algún sentido, como Webb solía decir “la moralidad está en la naturaleza de las cosas”, miraba las melancolías truculentas, ya vieran de la derecha o de la izquierda, con una mezcla de aversión y desprecio, reveladoras, en las condiciones políticas británicas, cuando no de la mera vanidad del *poseur*, de una imperdonable bancarrota de carácter e inteligencia. La observación de Cavour, algunas veces citada por Sidney —“cualquier tonto puede gobernar bajo el estado de sitio”— expresa una actitud que él compartía.

Habiendo llegado a la conclusión de que el socialismo podía hacerse llegar a Inglaterra mediante el proceso de un Gobierno democrático —naturalmente, convenientemente acelerado— y de que no podía conseguirse de otra manera, trabajaron para convertirse

en vivos ejemplos de la mentalidad y hábitos que requiere la democracia y animar a otros a que los adquirieran. Practicaron —primera cosa esencial— el respeto a las opiniones que no compartían. En los días lejanos en que la cuestión de la subvención a las escuelas pertenecientes a sectas religiosas hacía rechinar los dientes Sidney, que era agnóstico, perdió algunos amigos valiosos por sostener el principio. Su deber, decía, no era para con algunos niños, o para con la mayor parte de los niños, sino para con todos los niños; y ni un solo niño debería sufrir, si él lo podía evitar, en clases sobre cargadas de alumnos y en edificios malsanos, sólo porque las convicciones religiosas de sus padres diferían de las que él mismo profesaba. Como miembro, casi veinte años más tarde, de la Comisión para la Industria del Carbón, que presidía Lord Sankey, que se reunió casi diariamente durante cinco meses entre el resplandor de la publicidad, y en relación a la cual a veces los sentimientos fueron fuertes, hizo uso de todas sus fuerzas; pero su negativa a acudir a los trucos dialécticos con los cuales la mayor parte de nosotros tratamos de derrotar a nuestros adversarios, fué un modelo para todos los que le escucharon, y la carta que posteriormente recibió del jefe de la fracción opuesta, agradeciéndole su constante nobleza, representa un mérito para ambos. En el trato con los de su no muy fácil facción, tanto él como la señora Webb fueron firmemente no sectarios; insistieron en que los puntos en los que los socialistas británicos estaban de acuerdo eran más numerosos y más importantes que aquellos sobre los que tenían diferencias; y eran tolerantes no sólo con los que les eran opuestos, sino—algo que es más difícil—con los amigos comprometedores, posiblemente con la idea de que una amplia dosis de imbecilidad es un ingrediente necesario para cualquier movimiento que aspire a ser representativo. Formidables en el debate, se ocupaban demasiado intensamente de la causa para que les interesase el obtener victorias dialécticas. Se tomaron tanto trabajo para hacer que el socialismo fuera aceptable para los hermanos más débiles de entre sus compatriotas, como algunos de sus más volubles exponentes se han tomado en convertirlo repulsivo para los mismos.

La creencia de los Webb en la democracia, sin embargo, fué un credo no menos exigente, sino más exigente que el más truculento

de los evangelios. No despreciaron la dureza de la lucha que se presentaba ante el movimiento laborista, y no se hicieron ilusiones en cuanto a los recursos de sus oponentes. Sabían por experiencia que una de las artes —y no la menos beneficiosa— en que la plutocracia es maestra es la de domar los leones a base de amabilidad. No era la crudeza de una represión por la fuerza, sino la adulación, las zalamerías y caricias que seguirían, si el animal sucumbía a sus manos, en caso de que no hubiera nada que reprimir, lo que aparecía ante ellos como el peligro más grave. Fué contra estas artes de seducción contra las que la señora Webb, siendo esposa de un ministro, hizo una protesta característica, y contra las que su marido, en un artículo escrito poco después de abandonar el cargo, pronunció su advertencia sobre los peligros del “abrazo aristocrático”. Independencia de espíritu, y desprecio hacia los sobornos discretos y civiles utilizados para minarla, fueron, sencillamente, una parte tan esencial de su testamento como la fe en el conocimiento. No nos han dejado hecho el trabajo, pero nos han dado algunos de los instrumentos, tanto intelectuales como morales, con qué hacerlo.

R. H. TAWNEY

TEMAS Y POLEMICAS

La REVISTA DE ECONOMIA POLITICA trae hoy a su Sección de Temas y Polémicas la larga controversia (que a pesar de su antigüedad dista mucho de haberse cerrado) sobre la relación real de intercambio. Arrancando desde los escritos clásicos, éste concepto ha penetrado con especial intensidad en la literatura económica, tanto en su vertiente teórica cuanto en la de economía aplicada. Sin embargo, pese a esta intensiva utilización o quizás por la misma, es lo cierto que la expresión "relación real de intercambio" circula con significaciones varias en los distintos escritos que a ella se refieren. Esta diversa acepción empaña la contemplación de sus variaciones en la realidad dificultando la interpretación clara y categórica que deba imputarse a las oscilaciones que ocurren en la relación real de intercambio de un país con el resto del mundo. Por otra parte, la significación que el comercio exterior ha tenido para todos los países en trance de desarrollo económico arroja un tinte de controversia agria sobre las variaciones de la relación real de intercambio contribuyendo a oscurecer aún más la significación con la que hayan de entenderse sus alteraciones. Estas razones han movido a la REVISTA DE ECONOMIA POLITICA a ensayar la determinación del perfil en que alinear la reciente controversia suscitada sobre la relación real de intercambio al objeto de entender claramente la variedad y riqueza de los problemas planteados por la misma. Es por ello por lo que la Sección de Temas y Polémicas ofrece tres epígrafes distintos, en los que se consideran los conceptos de relación real de intercambio, el análisis teórico de la misma y la contrastación de las teorías sobre la relación real de intercambio. Se espera ofrecer así al lector un deslinde de cuestiones diferentes, pero todas ellas necesarias para entender el significado concreto que haya de darse a la relación real de intercambio y sus variaciones.

Tres trabajos se han considerado fundamentales para delimitar el concepto de relación real de intercambio: son debidos a Viner y a D. H. Robertson. Tanto los problemas de definición como los correspondientes de medida de los diversos conceptos se tratan con toda claridad en estos artículos. Tras éstos encontrará el lector los que se refieren al análisis teórico de las variaciones experimentadas por la

relación real de intercambio. En ellos se ofrecen diversas tesis que intentan interpretar los movimientos que en el mundo real ha ofrecido la relación real de intercambio. Estas interpretaciones, como el lector comprobará, no son unívocas. Por el contrario, existen distintas opiniones, hipótesis diferentes, con cuya ayuda obtener un significado completo de lo que ocultan las alteraciones de la relación real de intercambio. Era posible incluir una multiplicidad de trabajos en este segundo apartado, pero se han escogido las opiniones —por considerarlas más acertadas— de Rostow, Viner y Miynt, así como la tesis Singer-Prebisch que tanto juego polémico ha dado en la controversia suscitada por la publicación de los precios relativos de las distintas mercancías realizadas por las Naciones Unidas. Cierra la presentación de la polémica la contrastación estadística de las hipótesis de las variaciones sobre la relación real de intercambio. Por desgracia es aquí donde menos trabajo se dispone para corroborar el acierto del análisis teórico. Quizá sea esto una consecuencia de la afición mostrada por el análisis económico a hipertrofiar la elaboración de hipótesis y a minimizar su contrastación, peligro gravísimo para una Ciencia empírica como es la Economía, según ha mostrado recientemente Friedman. No obstante, se ha considerado de utilidad el ofrecer al lector dos trabajos de Rostow y Meier que, aunque referidos concretamente a una realidad empírica limitada, son una buena muestra de la metodología que debe emplearse para proceder a una acertada contrastación estadística de las distintas teorías sobre la relación real de intercambio.

Finalmente, debe advertirse que el pesado trabajo de traducción o resumen de los originales fué realizado por un grupo de Técnicos Comerciales del Estado —Ramón Boixearu Areny, José María González Vallés, José María Mas Esteve y Juan Eugenio Morera Altisent— a todos los cuales la REVISTA DE ECONOMIA POLITICA agradece su colaboración.